



EL SILENCIO DE LA NOCHE

Héctor Cobo Castrillo

EL SILENCIO DE LA NOCHE



Primera edición: diciembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Héctor Cobo Castrillo

ISBN: 978-84-19595-48-5

ISBN digital: 978-84-19595-49-2

Depósito legal: M-30136-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Mize

PRÓLOGO

Perdido en mitad de un bosque de abetos y abedules desparrramados por las laderas de los montes había un torreón de madera. Su señor era un conde, ya entrado en años, que gobernaba un valle atravesado por unos cuantos arroyuelos, unas pocas aldeas de madera y paja, algunas casas excavadas en las rocas de las montañas y uno, tal vez dos pueblos lo bastante grandes como para celebrar mercado en días señalados.

En la noche del Solsticio de verano, la luz de la Luna llena alumbraba una fiesta a los pies de la torre. Las llamas de las hogueras danzaban al ritmo de tambores y flautas, las mesas estaban repletas de pan, queso y algunas carnes ofrecidas por el conde a sus sirvientes. Los mineros, que a diario excavaban las montañas en busca de cobre, se esmeraban en vaciar con rapidez los enormes cuencos de cerveza como si temiesen que fuesen a desaparecer por efecto de algún hechizo. Pastores y campesinos se burlaban unos de otros, a veces con complicidad y otras muchas con amenazas tan afiladas como espadas de bronce. Si alguien observase con atención podría ver, de vez en cuando, a alguna pareja de jóvenes que aprovechaban la ocasión para escabullirse más allá de la empalizada de madera y, si agudizase el oído e ignorase la cacofonía que manaba del banquete, escucharía como sus gemidos de placer se mezclaban con el murmullo cantarín del agua de un arroyo cercano al rebotar entre rocas y cantos rodados.

En la mesa de honor, la única en la que servía vino, el hijo del conde y sus sirvientes disfrutaban del festín y se emborrachaban

como si la vida les fuese en ello. Reían al ver a los villanos bailar, golpeaban las tablas al compás de la música, se unían a las danzas, discutían la belleza de tal o cual jovencita y se retaban unos a otros a entablar conversación con alguna de esas mozas y, con suerte, escapar con ella más allá de la empalizada.

El conde, por su parte, paseaba entre las mesas, se sentaba con los paisanos y abrazaba por los hombros a aquellos a los que había visto nacer. Comentaba entonces, con un tono de fingida admiración que pocos de sus súbditos eran capaces de notar, la altura o la gallardía de los zagales y la hermosura de las jovencitas. Bromeaba y bebía de todos los cuencos de cerveza usando las mismas cañas que los labriegos. A mitad de la noche, cuando en sus venas corría ya más alcohol que sangre, pidió a gritos una canción y unió su voz quebrada por la borrachera a la algarabía de la fiesta para corear una balada.

Sin ninguna razón, el mundo entero se detuvo. La brisa dejó de soplar, el riachuelo enmudeció y la música se detuvo en mitad de las estrofas. Un ruido nació bajo la tierra. Primero sonó como un eco lejano, apenas audible; luego fue un murmullo difícil de descifrar que no dejó de crecer hasta que se convirtió en un bramido que retumbaba en el pecho. El suelo se sacudió con violencia. El torreón comenzó a temblar y a sudar el polvo de sus vigas. Pequeños trozos de madera se desprendieron para caer junto a los asistentes de la fiesta, que trataban de correr hacia no se sabe bien qué lugar. Muchos perdieron el equilibrio y dieron con sus cuerpos en el suelo. Chillidos que rebosaban miedo se mezclaron con el canto gutural que brotaba de la tierra. Unos dedos sostenidos por el miedo señalaron hacia el Sur. En los rostros se dibujaron muecas de terror cuando vieron que una nube, una columna de humo más negro que el propio cielo, ascendía desde el horizonte y ocultaba las estrellas a su paso. Con lentitud, como si se tratase de un líquido viscoso que se extendía por el firmamento, llegó hasta el disco plateado de la Luna.

Por dos o tres latidos que duraron siglos, el cosmos se mantuvo inmóvil hasta que, poco a poco, aquella niebla azabache se retiró

hacia el lugar de donde había nacido con la misma solemnidad con la que había trepado poco antes. Las estrellas que quedaron liberadas brillaron de nuevo con timidez, como si sintiesen el mismo terror que sobrecogía el corazón de los hombres.

El conde miró a su alrededor. Algunas siluetas ayudaban a otras a levantarse del suelo y a sacudirse la tierra, otras trotaban de acá para allá para socorrer a quién pudiera necesitar ayuda, unas sombras maternales abrazaban a otras infantiles y formaban una única forma piadosa en la oscuridad. Hablaban en susurros, como si temiesen volver a despertar a la tierra con sus voces. El conde echó un vistazo a la hoguera. Las llamas se habían extinguido y el brillo rojizo de las ascuas era incapaz de quebrar la densidad de la noche. Extrañado por las tinieblas que le rodeaban levantó la vista hacia el cielo. Uno a uno, cada hombre y mujer a su alrededor le imitaron y clavaron sus pupilas en el manto negro que se extendía sobre sus cabezas.

El silencio se apoderó de ellos cuando comprendieron que la Luna había desaparecido.

I

Con la primera luz del día, Montaraz vio la silueta monolítica recortada en el horizonte. Sintió que los vellos del brazo se le erizaron al contemplar aquella montaña parda, salpicada de un millar de heridas negras. Por fin encontraba al alcance de su vista el Castillo de la Roca, el Palacio del Rey de las Montañas. A los pies de la fortaleza un mar de techos de paja dejaba escapar columnas de humo que se desvanecían en la bruma del amanecer. Cuando se imaginó que aquellas humaredas nacían de las gachas que se cocinaban al calor de los hogares, sus tripas temblaron y dejaron escapar un gruñido. Rebuscó en su zurrón un trozo de pan que comenzaba a enmohecer y un pedazo de queso de oveja. Comenzó a devorarlos mientras encaminaba sus pasos hacia la montaña.

Desde que salió del torreón, Montaraz había sentido la misión que se le había encomendado como una roca que le aplastaba los hombros y tensaba los músculos de su espalda. Se sentía caminar encorvado por los senderos de cabreros que conectaban los valles o por los caminos a la ribera de los riachuelos. Cuando el Sol se escondía y se echaban a dormir al raso al amparo de algún árbol o, con suerte en alguna choza de pastores, sentía una carga sobre el pecho que le impedía respirar. Era incapaz de conciliar el sueño a pesar del cansancio de una jornada entera caminando. De todos modos, lo prefería, pues desde la noche del Solsticio en sus sueños solo evocaba, una y otra vez, el humo negro que había engullido la Luna. Cada noche se despertaba empapado en sudor, con el corazón acelerado y las miradas de terror de los hombres y mujeres aún clavadas en la memoria.

A lo largo del viaje se había sorprendido varias veces a sí mismo con ánimo huraño. Cuando los arrieros que le guiaban se detenían a descansar y echarse algo al estómago, o quizás a conversar con algún otro caminante que encontraban, se dirigía a ellos con palabras que rezumaban tanta amargura que le provocaban un arrepentimiento inmediato en el mismo momento en el que surgían de sus labios. Prefería pasar las horas de caminata en un silencio solo roto por el roce de los pies contra las piedrecillas o la arena del camino y, a veces, por algún relincho de la mula que les llevaba los pertrechos. Escondido en el murmullo del viento que acariciaba las agujas de los pinos le parecía escuchar, como un eco que nunca llegaba a extinguirse, las palabras que su padre le había dirigido al comenzar su marcha, cuando aún no había cruzado el portón de la empalizada: «Vuelve con una respuesta».

Pero con aquella primera luz del día y el destino de su viaje al alcance de la vista, sintió que sus hombros se relajaban y la espalda volvía a erguirse en su posición natural. Se sintió alegre. Incluso se permitió bromear con sus guías, que sonrieron al ver que el joven recuperaba el ánimo que ellos conocían.

Caminaron los últimos pasos por veredas que cortaban en dos los campos de trigo que se doraban al Sol del verano. El mismo viento que levantaba contra ellos nubecillas de polvo y gravilla hacía bailar a las espigas. Las casas surgieron tímidamente junto a la carretera: primero granjas y alquerías dispersas, luego ventas con establos llenos de onagros y mulas a las puertas y, finalmente, chamizos de adobe y madera que se apelotonaban uno con otro sin ningún orden aparente y que daban forma a las callejuelas de barro que formaban los arrabales de la ciudad.

A medida que se acercaron a la muralla que protegía la medina, la senda se llenó con un constante ir y venir de gente que se interponía en su camino hasta casi chocar con ellos. Pasaban tan cerca unos de otros que podían oler la cerveza del desayuno que escapaba de entre sus labios.

En cuanto atravesaron el portón de madera que daba paso a la medina, Montaraz sintió que bajo su nariz estallaba un hedor a excrementos y humo, los oídos se le llenaron con gritos y parloteos que retumbaban entre las calles de cal desconchada. Le invadió una incómoda sensación de desorientación. Torcían aquí o allá en las esquinas, pero todas las calles parecían iguales, las casas se le antojaban copias la una de la otra, o al menos él no podía encontrar ninguna diferencia más allá del tono ligeramente distinto de algunos toldos raídos sobre las puertas.

A su lado comenzaron a corretear niños descalzos con el pelo lleno de ceniza y apenas vestidos con guardapolvos sucios. Algunos se ofrecían como guías de la ciudad, otros se ponían frente a él y, con las manos extendidas, le pedían alguna limosna antes de ser engullidos por otros como ellos y desaparecer mezclados con la masa humana que atestaba las calles. De reojo, Montaraz no podía apartar la mirada de la montaña que se asomaba tiránica sobre las azoteas de las casuchas. Dejó vagar su mente por las troneras negras y los púlpitos de madera que caprichosamente se podían encontrar en la ladera.

Sintió algo raro, un tirón en la cintura que le hizo bajar los ojos. Un par de niños se alejaron de él a la carrera. Montaraz vio que uno de ellos llevaba algo en la mano, una bolsa similar a la que él mismo usaba para guardar las pepitas de cobre.

Demasiado parecida.

—¡Eh, volved aquí! —acertó a gritar.

—¡Venid aquí, malnacidos! —graznó uno de los arrieros cuando comprendió lo que había sucedido.

Montaraz y el mulero se lanzaron tras los mocosos que corrían como si les fuese la vida en ello. El hombre, que alzaba amenazador la vara de avellano que usaba para azuzar a la mula, profería una retahíla de maldiciones y amenazas que helarían la sangre a cualquier persona decente. La muchedumbre se interponía en el camino de los perseguidores, se quedaban inmóviles en medio de las callejuelas, con los ojos tan abiertos como les permitían los

párpados mientras los ladronzuelos correteaban con destreza entre el mar de piernas y cuerpos. Montaraz se chocó con varios de los atónitos espectadores antes de perder de vista a los mozos tras una esquina.

Aunque solo tardaron un par de latidos más que ellos en llegar hasta el cruce, cuando se asomaron los niños ya habían desaparecido, evaporados entre el gentío, puede que escondidos en alguna de las casuchas. Miraron a izquierda y derecha en busca de algún rastro que delatase su presencia.

Nada.

—Bastardos —murmuró Montaraz. De pronto se sintió desamparado, en medio de una ciudad hostil, como un ingenuo campesino perdido en el barullo de la Gran Ciudad. Le consoló pensar que aún le quedaban algunas pepitas en otro estuche que guardaba en el petate que cargaba la mula. Pero le atenazó el miedo a quedarse sin recursos en medio del Concilio. Se maldijo a sí mismo por su descuido y, con más vehemencia, a los niños que ahora estarían disfrutando con un tesoro que, probablemente, jamás hubiesen imaginado.

—Debéis tener más cuidado, señor —le reprendió el arriero cuando dio por imposible encontrar a los rateros—. La Roca está llena de ladrones y maleantes.

—Y los más peligrosos son los que viven ahí —comentó con ironía el otro mulero, que llegaba hasta ellos con paso tranquilo. Con la barbilla señaló hacia la montaña donde, desde hacía siglos, el Pueblo de las Montañas excavaba la piedra viva para dar forma a su Palacio Real.

II

El joven, que aún temblaba por la ira y sentía la cara enrojecida por la vergüenza, barruntaba para sí maldiciones y lamentos. Cuando quiso levantar la cabeza, se encontró en mitad de un zoco de calles angostas, repleto de pequeños tenderetes.

En realidad, los puestecitos de comerciantes no eran más que una sencilla tabla de madera vieja con algunas frutas u hortalizas que se doraban al Sol, un saquito medio lleno de grano o legumbres, o tal vez con un pedazo de carne de color poco apetecible cortejado por unas cuantas moscas que revoloteaban airadas cuando el vendedor las ahuyentaba con la mano. Al atravesar el mercado despertaron un enjambre de comerciantes que pusieron las mercancías bajo su barbilla, las ofrecieron a precios disparatados en varios idiomas a la vez y los rebajaron en la misma frase antes de desaparecer, engullidos por otros de su misma especie.

Se toparon de pronto con un grupo de viajeros, tan cansados y polvorientos como ellos, que esperaban en fila frente a las puertas de madera y bronce bruñido que guarecían la ciudadela. Los arrieros aprovecharon la espera para sacudirse el polvo, almorzar e intercambiar noticias de los caminos. Pero Montaraz prefirió el silencio y observar a los caminantes que aguardaban para entrar en la fortaleza. Descubrió las pieles negras del País del Mar escondidas en vestidos de colores claros y tacto suave, o la mirada huidiza que nacía de los ojos rasgados de los esteparios. Escuchó hablar en montañés, en la lengua franca y en otros idiomas de sonidos

exóticos y silbantes que se acompañaban con aspavientos que, en otra circunstancia, le habrían parecido cómicos.

Cuando por fin llegaron bajo el arco que daba paso al alcázar, el Sol ya descendía por el horizonte y pintaba las nubes de tonos rosados y violetas. Dos lanceros revisaron su carreta y estudiaron la tablilla que había llegado semanas atrás al torreón con el sello real. Cuando se cercioraron de que el joven era un invitado al Concilio, indicaron a los sirvientes el camino a los establos e hicieron señas a otro, un soldado con la cara demacrada por el cansancio, para que condujese a Montaraz a su hospedaje.

—Este es su alojamiento, mi señor —dijo el guardia tras un corto paseo por las callejuelas empedradas a los pies de la Roca. Con la mano señalaba un barracón de madera medio carcomida que dejaba escapar la luz de una hoguera.

—Gracias —titubeó Montaraz.

Vaciló un instante al recordar las palabras de su padre: «Trata bien a la guarnición. Dales algo de cobre y ya verás cómo se muestran más simpáticos contigo. Eso te puede ser útil».

Palpó sus ropajes en busca de una pepita, una de las pocas que le quedaban y la entregó a su guía. El soldado le dedicó una sonrisa exhausta y, con una reverencia algo exagerada, se despidió. Montaraz le vio desaparecer envuelto en las tinieblas mientras el remordimiento le aguijoneaba. Quizás su padre no esperaba que le fueran a robar y, tal vez, en esta situación, hubiera aconsejado algo distinto. Finalmente, se encogió de hombros, al fin y al cabo, ya estaba hecho.

Al cruzar la puerta de la barraca se encontró en una habitación alargada con dos filas de catres de madera y paja pegadas a las paredes y una manta de tela basta sobre cada uno de ellos. En el extremo más alejado, una silueta imponente permanecía inmóvil junto a la lumbre. No le dedicó siquiera un gesto de saludo cuando llegó hasta él.

—Buenas noches, señor —dijo Montaraz.

El desconocido no apartó los ojos de las salchichas que cocinaba al fuego. La grasa que sudaban chisporroteaba al caer sobre las llamas, la habitación se había impregnado con aroma de la carne hecha, tan intenso que parecía que el aire se pudiese masticar. Aquel olor le recordó a Montaraz que no había comido nada desde el amanecer. La excitación por llegar a su destino había engañado el hambre, pero ahora sus tripas se quejaban con un rugido que le hacía temblar el abdomen.

Montaraz estudió a aquel hombre. Descubrió en su cara más heridas, cortes y golpes de los que pudo contar. El extraño, por su parte, apenas apartó la atención de la comida que preparaba. Solo un bufido confirmó al joven que era consciente de su presencia y que, de hecho, parecía molestarle.

Indignado por la falta de educación de su compañero y azuzado por su apetito, Montaraz paseó por la estancia, eligió uno de los catres vacíos, se sentó sobre él y revolvió su petate en busca de algo que apaciguase su hambre. Volcó su odre sobre la boca para beber las pocas gotas de agua que le quedaban y atacó con fiereza un trozo de pan y algo más de queso.

No pasó mucho tiempo hasta que el extraño sacó las salchichas del fuego, las colocó en un plato de barro, se acercó a él y, sin pedir permiso o mediar palabra, puso una de ellas sobre la rebanada mordida que el joven sostenía entre las manos.

—¿Qué bebes, rapaz? —preguntó con una voz grave y deformada por un acento que a Montaraz le recordó al Norte.

—Agua —respondió levantando la cantimplora.

El extraño le regaló una mueca de desprecio, le agarró del hombro y le condujo hasta una mesa de madera donde se posaba un cuenco de barro que rebosaba espuma parduzca. Metió sin ningún tipo de delicadeza una caña en el recipiente y la ofreció al joven.

—Cerveza, muchacho —dijo—. Guarda el agua para el camino, cuando ya no haya otra cosa que echarse al gaznate.

—Gracias —dijo Montaraz y bebió un trago largo, más por complacer al extraño que por verdadera sed.

—Me llamo Matador de Osos, del clan de los Cuervos —se presentó con la boca llena de lo que había sido hasta hacía poco una salchicha.

—Montaraz, hijo de Zorro.

—¿Qué sabes de lo de la Luna, muchacho? —preguntó.

—No..., nada —vaciló Montaraz—. Por eso he venido, para descubrir qué es lo que pasó. ¿Vos sabéis algo?

El norteño negó con la cabeza y comenzó a beber de la cerveza que había ofrecido al joven con otra caña.

—También he venido para averiguarlo. Y supongo que todos los que hemos llegado buscamos lo mismo —comentó—. Aunque, francamente, no creo que lo descubramos aquí.

—¿Por qué pensáis eso?

—¿Cómo van a conocer los montañeses tal misterio?

—Bueno..., tampoco en el Norte lo sabréis —replicó Montaraz. Matador de Osos clavó su mirada en él. Durante un par de latidos, en los que pareció que el aire era más pesado, no dijo nada.

—No es ninguna ofensa, muchacho —aquello no sonó a disculpa, pero Montaraz decidió tomarlo como tal—. Pero es cierto, en el Norte tampoco sabemos qué es lo que ha pasado. Quizás en el País del Mar haya sabios que puedan explicar este misterio. ¿Quién sabe si alguno de los ribereños? Son gente lista, o eso les gusta decir.

—He visto gente del Mar esperando para entrar en la Roca —el norteño asintió y bebió de nuevo.

—Sí. Por eso me ha enviado mi pueblo, por si alguno de los invitados supiese algo. Pero, si quieres saber mi opinión, no sacaremos nada en claro de este Concilio.

Montaraz enmudeció. Aquella posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Tanto él como su padre habían supuesto que el Rey podía tener la clave de la desaparición de la Luna, o al menos, conocer a alguien que la supiese.

El norteño le sacó de su ensimismamiento y comenzó a preguntarle por su valle natal. A medida que vaciaron el cuenco de cerveza, sus lenguas se fueron soltando.

—¿Cómo es el Norte? —preguntó Montaraz cuando dio el último sorbo y por sus labios pasaron más posos que bebida.

—Es una tierra hermosa, muchacho —dijo con el aliento apesando a bebida. Mientras hablaba alcanzó un ánfora y volcó su contenido en el cuenco, la espuma comenzó a subir. Ambos permanecieron unos instantes en silencio—. Las montañas son tan altas que jurarías que sostienen los cimientos del cielo y a sus pies, el mar invade la tierra y acaricia casas de madera y turba.

—¿Son tan duros los inviernos como dicen?

—No sé lo que diréis los montañeses, pero seguro que no soportaríais un invierno en los fiordos, rapaz —respondió. Escupía gotas de saliva sobre la cara de Montaraz, como suelen hacer los beodos que se acercan demasiado a su presa—. El mar se congela y un manto de nieve cubre las casas hasta la altura del pecho. No se puede salir de las casas, mucho menos cuando hay ventisca, el aire es tan frío que congelaría a un hombre antes de que pueda darse cuenta de que se está muriendo. Lo único que se puede hacer es permanecer junto al fuego y desear que nuestras despensas aguanten hasta la primavera — se interrumpió y miró con atención las ascuas que se enrojecían en el hogar. Luego añadió con un tono que rezumaba melancolía—. Tras el invierno descubrimos que muchas casas solo albergan la muerte.

El joven decidió alejar la conversación de aquellos senderos y le pidió que cantase las baladas del Norte que tanto había deseado escuchar desde su niñez. Vaciaron uno, dos y tres cuencos más mientras el hombretón recitaba poemas que hablaban de héroes que se enfrentaban a monstruos nacidos del interior de las montañas y dioses que guerreaban entre sí y arrastraban a los hombres en sus luchas. Cuando los rescoldos de la hoguera se convirtieron en cenizas, se enseñaron mutuamente las canciones más obscenas de sus tierras y, tras recitarlas y repetir las hasta la saciedad, rieron hasta caer al suelo sin poder levantarse, quizás por las carcajadas o tal vez por la borrachera.

Montaraz despertó al día siguiente con un dolor que se le antojó similar al que debería sentir si un herrero le martillease las

sienes. Se sentó sobre el catre y apretó su cabeza para impedir que se le saliesen los sesos. Sintió una punzada en el estómago y ahogó una arcada. Volvió a desplomarse sobre la paja, sintió que sudaba y su cuerpo se quedaba frío. Entonces fue consciente de que había dormido sin ser interrumpido por las pesadillas. Las muecas de terror que le atormentaban habían desaparecido, apenas podía recordarlas. Aunque, si había de ser sincero consigo mismo, no podía recordar demasiado de la noche anterior.

—Libérame de la nieve, oh, Señor —canturreó para sí una de las estrofas que Matador de Osos le había enseñado. Algo sí había conseguido conservar en su memoria, al fin y al cabo. El norteño se revolvió en el suelo al escucharle y profirió un sonido que podía tratarse tanto de una súplica como de una queja por haberle despertado.

—¿Qué te parece si bajamos al mercado a comprar algo de carne y cerveza para estos días, rapaz? —preguntó Matador de Osos con voz pastosa cuando consiguieron ponerse en pie, ya pasado mediodía.

Montaraz murmuró una respuesta que le hizo merecedor de una mirada suspicaz del norteño.

—Me robaron al llegar a la Roca —se excusó el joven, que sintió como un incómodo calor le invadía las mejillas.

—No te preocupes, yo me hago cargo. Como ya sabes, los norteños somos gente hospitalaria. O eso dicen.

—¡Pero estamos en mi tierra! —protestó Montaraz—. Debería ser yo quien se hiciese cargo.

—Tienes razón —Matador de Osos fingió contrariarse y por un instante rumió alguna solución que permitiese al joven conservar su orgullo—. Bueno, dejémoslo así y cuando vengas tú al Norte te harás cargo de mis gastos. Pero te advierto, muchacho, que no te saldré barato —terminó con una fuerte risotada que contagió a Montaraz.

De camino se cruzaron con la interminable fila de viajeros cansados que, igual que ellos, esperaban encontrar una respuesta entre

las paredes del Castillo de la Roca. Se internaron en las calles del mercado, deambularon por callejones repletos de comerciantes desesperados por intercambiar sus mercancías por otras o, con suerte, por algunas joyas o pepitas de plata y quizás de oro. Matador de Osos apartaba a empujones a los mercaderes que se interponían a su paso. Tuvieron que caer unos cuantos al suelo para que la nube de vendedores decidiese dejar de acosarles.

Compraron cerveza, carne y aceitunas para la cena y regresaron al barracón, que encontraron repleto de nuevos viajeros. La mayoría eran montañeses que, como Montaraz, habían acudido a la llamada de su rey. Compartieron nuevas de sus valles natales y chismes sobre otros condes del reino. Cuando las conversaciones derivaron en el Rapto de la Luna, Matador de Osos bufó con desprecio, se encerró en sí mismo y no dijo una palabra más que las necesarias para pedir paso y beber de la cerveza que había colocado en la mesa.

Montaraz tampoco quiso añadir nada a las conversaciones. Había viajado durante dos semanas a paso forzado, había cruzado montañas y serpenteado entre valles boscosos hasta el Concilio del Rey con la esperanza de poder conocer la verdad del Rapto. Sintió de nuevo el peso de la confianza de su padre en sus hombros. «Vuelve con una respuesta». Temió que aquel Concilio fuese un intercambio de ideas, a cuál más absurda, como pensaba Matador de Osos. Si así era, habría hecho aquel viaje en balde. Decidió acostarse con el sabor de la decepción aún entre sus labios, mientras sus compañeros parecían empeñados en ver quién podía decir la sandez más grande.

Despertó en lo más profundo de la noche, aguijoneado por las pesadillas que le habían atacado de nuevo. Se revolvió en su catre, incapaz de volver a sumergirse en el sueño más que en ligeros duermevelas que terminaron tan pronto como nació el Sol.

III

Los siguientes días transcurrieron con una lentitud casi desesperante. Montaraz se envolvió en el humor taciturno que le había acompañado durante el camino hasta la Roca mientras esperaba la llamada que diese comienzo al Concilio. Cada mañana llegaban nuevos viajeros que se apelotonaban frente a las puertas de la fortaleza. Los soldados acomodaban a los visitantes en algunas habitaciones del propio castillo —si estos ostentaban un rango elevado, por supuesto—, a otros en los barracones de la guardia y, a muchos otros en las ventas que rodeaban la medina.

Pasaba las noches bebiendo con Matador de Osos cuencos de cerveza, uno tras otro, bajo el cielo sembrado de estrellas para evitar entablar conversación con el resto de sus compañeros. Solo así, totalmente borracho, era capaz de conciliar el sueño. Al día siguiente deseaba morir, sentía su estómago deshecho y la cabeza destrozada. Pero por lo menos dormía.

Únicamente se relacionaba con Matador de Osos que, al igual que el joven, pensaba que sus compañeros de barracón eran unos charlatanes sin la menor idea de lo que había pasado, y que, aun así, padecían de un ansia irresistible por mostrar al resto del mundo su ignorancia.

—Mi padre dice algo de gente así —comentó Montaraz una noche al respecto del tema.

—¿El qué? —quiso saber el norteño.

—Dice: «Son necios con una respuesta para todo y ninguna solución para nada».

Matador de Osos estalló en una carcajada que retumbó entre las paredes de las calles de la ciudadela.

—Tu padre es un hombre sabio.

—Sí. Sí lo es —comentó Montaraz. De pronto se sintió apesadado por la melancolía. Hacía semanas que se había separado de su padre. Nunca hasta entonces había estado tanto tiempo separado de él, ni tan alejado de su tierra.

—He oído comentar a algunos montañeses acerca de tu padre —el norteño interrumpió sus pensamientos—. Tiene buena reputación en el reino, un hombre prudente, ¿no es así?

—Sí, supongo.

—Por tu padre —dijo solemne Matador de Osos antes de dar un largo trago a la cerveza. Montaraz le imitó.

Aquella noche llegaron, como de costumbre, amparados en la luz de las antorchas que deshacían la oscuridad en jirones anaranjados, tambaleándose por la cogorza, despertando a su paso una música de chistidos somnolientos. Al querer cruzar el umbral de la puerta del barracón, se dieron de bruces con uno de los montañeses que se alojaba con ellos y que salía al exterior, muy probablemente para orinar.

—Mirad por dónde vais —les espetó el montañés, que respondía al nombre de Canción de Verano.

—Cuidad ese tono —advirtió Matador de Osos. Aunque a Montaraz le pareció que, más bien, farfulló algo inteligible con un ligero tono amenazador.

—Norteños. Lo único que saben hacer es emborracharse hasta perder el sentido —dijo Canción de Verano en voz baja al pasar entre los dos amigos. Se aseguró bien de chocar sus hombros contra los suyos.

—¡Ningún montañés va a insultar a mi pueblo en mi presencia! —bramó Matador de Osos. A Montaraz le pareció que, esta vez, su pronunciación fue impecable.

El joven apenas fue capaz de comprender las imágenes borrosas que sucedían ante sus ojos. Creía que Matador de Osos había

empujado por la espalda a Canción de Verano y este se había revuelto. Antes de poder reaccionar, sintió que se abalanzaban sobre él y le tiraban al suelo. Escuchó los gritos de Matador de Osos por encima del trueno de la trifulca.

A golpes, consiguió zafarse de aquello que le había arrojado al suelo y ponerse de rodillas. Cuando pudo enfocar la mirada, vio a Matador de Osos abrazado a Canción del Verano, intercambiaban golpes sobre sus rostros y costados, trataban de derribarse, maldecían. A su alrededor, todos los presentes daban vueltas en torno a ellos, en un baile indescifrable. Consiguió llegar hasta los dos combatientes y placó al montañés. Ambos cayeron en medio de un griterío ensordecedor que le llenó los oídos.

A partir de ahí, todo fue un caos de golpes, imágenes rotas y recuerdos inexistentes que solo se asentaron cuando se encontró rodeado de unos cuantos guardas que le empujaban a través de unas galerías mal iluminadas por antorchas moribundas. La realidad le golpeó como si acabase de despertar de un sueño. Matador de Osos, a su espalda, blasfemaba y farfullaba contra sus escoltas. Finalmente, le arrojaron a una habitación de olor pestilente, con un par de montañas de paja húmeda como único ornamento.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz sintió un escalofrío. El sudor que le resbalaba por la espalda evaporó el alcohol que corría por su cuerpo. De pronto tuvo la certeza que le habían encerrado en los calabozos de la Roca. Se llevó las manos a la frente, que sintió empapada. Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos, las piernas le flaquearon y, ya fuese por el remordimiento, los golpes de la pelea o el efecto de la bebida, acabó cayendo al suelo ahogando los sollozos.

—Bueno, al menos aquí hace fresco —comentó Matador de Osos con la espalda apoyada en la pared, antes de comenzar a roncar.

IV

Estuvieron dos noches encerrados en los calabozos, o al menos eso pensaron. En lo más profundo de las mazmorras de la Roca les fue imposible medir el paso del tiempo, así que usaron como referencia las veces en las que un carcelero abría la puerta para arrojarles un par de mendrugos de pan mohoso y una diminuta jarra que, en honor a la verdad, contenía más agua que cerveza.

El menú de la cena en los calabozos de cualquier lugar del mundo, según Matador de Osos.

Durante aquellos días, el norteño se esmeró en entretener al joven con las proezas que le habían granjeado fama en su tierra. Le contó acerca de una cacería que duró casi una luna en la que consiguió hacerse con su nombre y una hermosa piel de oso que lucía en las batallas, narró una batalla que permitió a su clan hacerse con un buen valle rebosante de pastos para el ganado y le describió los combates navales que entablaban los norteños en las orillas de sus fiordos.

A Montaraz no se le escapaba que su verdadera intención era no dejar que el joven se perdiese en sus pensamientos funestos. Pero, de vez en cuando, el Hombre del Norte tenía que descansar la voz, o quedaba por unos instantes sumido en el silencio, quizás pensando en la próxima bravuconería que contar al montañés; o a veces simplemente se quedaba dormido y sus ronquidos tronaban en las paredes de piedra.

Entonces el joven se sentía asediado por los sentimientos de impotencia y, sobre todo, de arrepentimiento. No podía dejar de

pensar que, sobre sus cabezas, a través de los suelos y paredes excavados en la roca viva, el Concilio podía estar comenzando en aquel mismo momento. Quizás la respuesta al Rapto de la Luna se presentaba ahora ante los embajadores de todo el mundo. Y él estaba encerrado en las mazmorras por una pelea de borrachos.

—Salid —dijo uno de los guardias tras abrir la portezuela de la celda. Montaraz y Matador de Osos permanecieron inmóviles, aturcidos por la orden, pues esperaban más bien otra ración de pan y de agua-cerveza.

»¿A qué demonios estáis esperando? —insistió el carcelero con rudeza.

Cuando salieron del calabozo, el guarda les condujo por una maraña de pasillos hasta que se encontraron en una estancia diáfana. Frente a ellos, en mitad del salón, se encontraron con un joven vestido con los ropajes coloridos y de buena factura propios de los cortesanos de la Roca.

—¡Montaraz! —el joven estiró la espalda al escuchar su nombre. Reconoció entonces la sonrisa sardónica del muchacho que se encontraba frente a ellos y, sobre todo, la nariz deformada que provocó en Montaraz una punzada de remordimiento.

—¡Primo! —respondió al reconocer a Tejo. Ambos se abrazaron, aunque a Montaraz no le cupo ninguna duda que la tradición obligaba a su primo tanto como a él.

—Mi buen primo —dijo Tejo al separarse de él, sin perder la sonrisa—. Si hubiera sabido que estabas encerrado en los calabozos, habría actuado mucho antes.

Montaraz dudó de aquella afirmación, aunque se vio obligado a realizar una leve reverencia.

—Si es a vos a quien hemos de agradecer nuestra libertad, mi señor... —dijo Matador de Osos antes de ser interrumpido por un elegante gesto de la mano del joven.

—No debéis agradecerme nada. A fin de cuentas, ¿para qué está la familia si no es para defendernos? Más aún con estas pequeñas peleas sin importancia, ¿verdad?

Montaraz no pudo evitar detener la mirada en la nariz torcida de su primo. Farfulló un agradecimiento cortés que provocó que la sonrisa de Tejo se ensanchase.

—¿Cómo es que mi buen tío no ha acudido, Montaraz? Me hubiese gustado saludarle —dijo Tejo una vez hubo restado, de nuevo, importancia a su acto.

—Mi padre y señor ha pensado que lo mejor era que yo acudiese y, de paso, presentase mis respetos al rey.

—Ah, es comprensible, los viajes son demasiado duros a cierta edad. Pero vuestro padre nunca pierde la ocasión de convertir un obstáculo en una oportunidad, ¿verdad? —clavó en Montaraz una sonrisa ladeada que resaltaba su nariz torcida.

—Nunca lo ha hecho —respondió Montaraz.

—No que yo recuerde, desde luego. Por eso el torreón está en tan buenas manos.

—Y lo estará por muchos años más —añadió.

—Brindemos ante Trueno por ello —concluyó Tejo sin perder la sonrisa—. Ahora que hablamos del tema, según he escuchado, estáis practicando el noble arte de la libación, ¿no es así?

Montaraz sintió que el rubor invadía sus mejillas.

—¿Qué tiene de malo que dos hombres beban? —preguntó Matador de Osos.

—Oh, nada en absoluto. Sin embargo —añadió, a pesar del asentimiento del Norteño—, permitidme un consejo, primo. Aunque sea la primera vez que os alejáis de la vigilancia de vuestro padre, lleváis sobre los hombros su reputación, haced honor a ella.

Montaraz quedó mudo, apartó la vista de los ojos de su primo, que seguía sonriendo, como si su boca no pudiese dibujar otra expresión.

—En cualquier caso, como decís —dijo Tejo señalando con los ojos a Matador de Osos—, no tiene nada de malo que un hombre beba. Yo mismo veo cómo cada noche el Rey de las Montañas bebe hasta casi perder el sentido. Y pocos hombres hay sobre esta tierra más merecedores de halagos que él.

—¿Bebes junto al Señor de las Montañas? —preguntó Montaraz atónito.

—No, no. Ni mucho menos —rió Tejo—. Yo solamente le sirvo, soy su humilde copero.

Montaraz no pudo contener la mandíbula, que se abrió en un gesto de asombro.

—En el torreón se comentaba que habíais medrado, pero...

—Oh. Creo que fuera de este castillo se sobrevalora mi sencillo oficio. Yo solo dedico mi tiempo a que Nuestro Señor pueda beber con tranquilidad y, de vez en cuando, quizás tenga el honor de cruzar una o dos frases con él. Por cierto —añadió como si se le acabase de ocurrir—, ya que habéis comentado que queríais presentar vuestros respetos a Nuestro Señor, podría concertar una audiencia con él.

—Te lo agradecería enormemente —respondió Montaraz con sinceridad.

—No hay necesidad de agradecimiento. ¿Qué clase de familia sería yo si te dejase solo en esta corte tan agreste? Por cierto, me viene a la mente otra de las obligaciones familiares. Cuentan por ahí que te dejaste robar por algún ratero de los arrabales —Montaraz se sintió apresado por la vergüenza. No dijo nada, simplemente bajó el cabeza, dispuesto a recibir una regañina—. Si necesitas...

—No será necesario —zanjó Montaraz con algo más de vehemencia de la que él había pretendido—. De nuevo te agradezco...

—Como he dicho —cortó Tejo con un elegante ademán y una sonrisa esculpida en el rostro—. No hay necesidad. Ahora, si me disculpáis, he de marchar. La vida en la corte es así de exigente, no hay lugar para los reencuentros familiares. No obstante, hablaré al rey de vos y no me cabe duda de que os recibirá tan pronto como le sea posible. Adiós, primo.

Los tres se despidieron con una reverencia. El mismo guardia que les había conducido hasta Tejo apareció a su espalda y, esta vez con un trato considerablemente más amable, se ofreció a guiarles hacia su nuevo barracón. Tejo ya se había encargado de trasladar-

los a otras dependencias para evitar que volviesen a encontrarse con Canción del Verano.

—Ah, qué tonto —añadió el copero real en el umbral del arco que daba paso a una galería—. Se me olvidaba deciros que mañana comienza el Concilio. Conviene que durmáis bien.

